

Juan Crisóstomo Lafinur

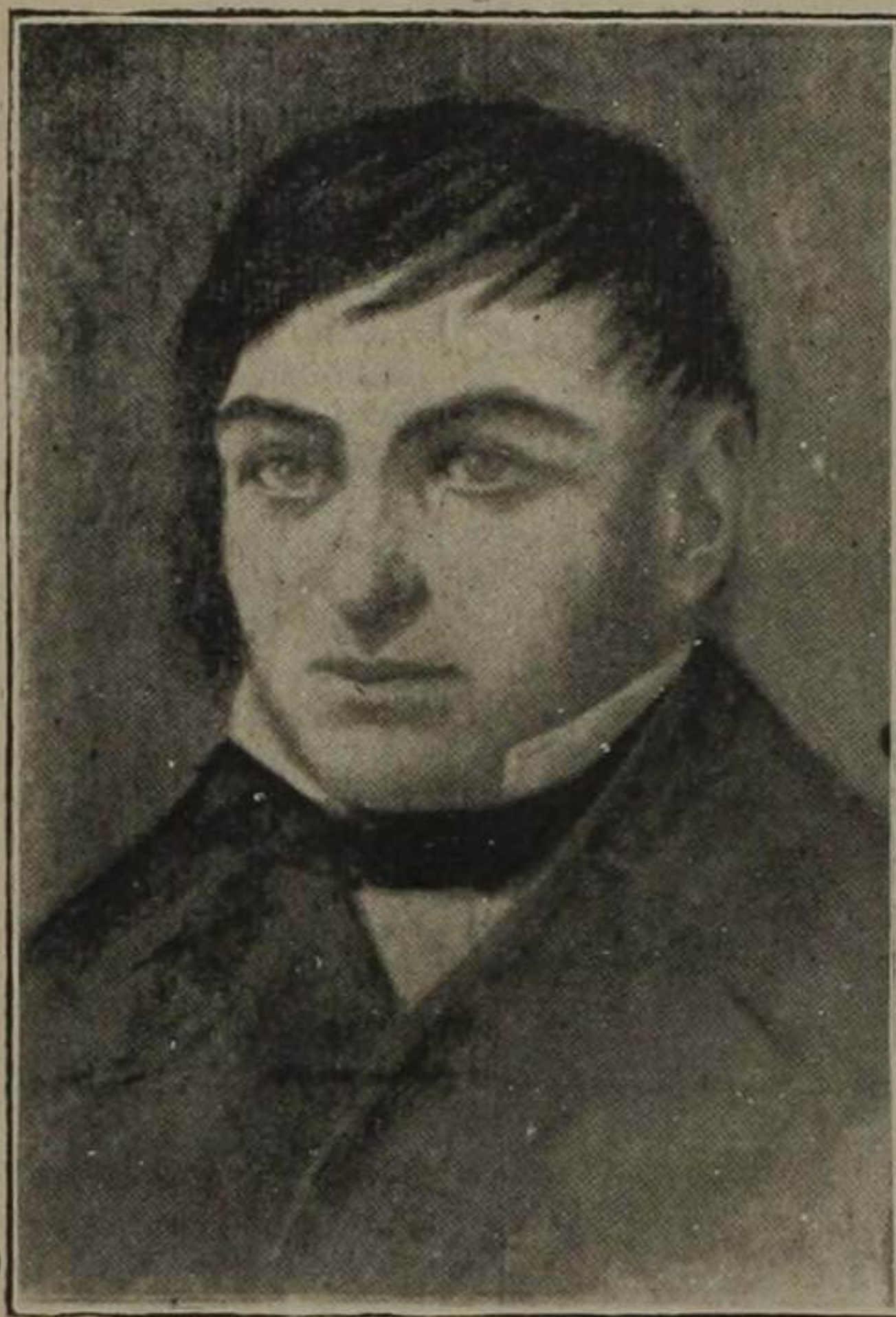
(De Nosotros, Buenos Aires).

Señores:

Conmemorar — como lo hago en representación del Concejo Deliberante — a hombres como Juan Crisóstomo Lafinur, es un deber que se cumple con agrado. Conmemoramos a un tierno poeta, a un maestro innovador y valiente, a un espíritu libre. Todo ello tronchado en plena juventud, a los veintisiete años, cuando el árbol en flor mostraba en esperanza el fruto cierto.

La historia de la evolución mental argentina quedaría incompleta si en ella no hiciésemos un lugar a Lafinur. Mientras los ejércitos libertadores, regulares e irregulares, aseguraban la independencia del territorio, conteniendo en la frontera del norte las fuerzas de la metrópoli, afanosa por restaurar su dominación, o yendo a herir genialmente al enemigo, más allá de los Andes y el Océano, en su propio centro vital, se libraba en el interior una batalla no menos dura y contrastada entre el espíritu liberal y la reacción. En esa batalla fué decidido combatiente Lafinur. La revolución le sorprendió niño aún, sin ataduras mentales con el pasado. En vano Córdoba, con sus estudios teológicos y escolásticos pretendió adormecerlo, a él como a Varela y a tantos otros jóvenes ardorosos, en su letargo secular. Para la palabra, para el pensamiento, no hay muros que basten: hasta aquellos cerrados claustros también llegaba la voz de los enciclopedistas y de los ideólogos, en quienes se cifraba entonces, por encima de todos sus errores, la fuerza audazmente renovadora de la ciencia y la filosofía. Y así fué como aquel adolescente puntano, sin alcanzar a doctorarse ni a ordenarse, porque su temperamento y sus convicciones se lo impedían, después de haber sido cadete en los ejércitos de Belgrano, bajó a Buenos Aires, para traer a nuestras aulas su inquietud, su rebeldía, su anhelo renovador. A los veintidós años ganaba por oposición la cátedra de filosofía en el colegio de la Unión del Sur, fundado por Pueyrredón. Era en esa cátedra el primer maestro sin sotana. Pensemos, a los veintidós años, casi un muchacho. No sonriamos, Estos fueron los atrevidos espíritus que hicieron la revolución. Estos liberales, estos jacobinos, estos volterrianos, estos herejes, que aseguraron con su fe y con su empuje el triunfo de la revolución, casi todos tenían menos de treinta años cuando aparecieron en la escena y se impusieron. No reneguemos de los impulsos de la juventud, aun cuando yerre. Sin ella las sociedades se pudrirían en el estancamiento. La revolución es su obra.

Lafinur la simboliza en las aulas. Rompió contra la enseñanza escolástica y afilió su cátedra a las doctrinas



Juan Crisóstomo Lafinur

El primer centenario de la muerte (13 de agosto de 1824) de este malogrado poeta y polemista rioplatense, lo ha recordado con justicia y oportunamente la República Argentina.

de Locke, de Condillac, de Destutt de Tracy. Aquella otra enseñanza de solideo y manteo era una artificiosa rueda de silogismos y sorites que giraban en el vacío; a la suya Lafinur le dió asiento en la realidad. No era un pensador original, ¿podía haberlos en el país?, ni tuvo tampoco un sistema de filosofía orgánica. Representó la transición entre el escolasticismo y el pensamiento moderno, y supo convertir la enseñanza de la filosofía, tomando como punto de partida el hombre y el origen sensorial de sus ideas, en noble predicación cívica. Juan María Gutiérrez lo dice: «Lafinur no se proponía en su curso formar filósofos meditativos ni psicólogos que pasasen la vida leyendo, como faquires de la ciencia, los fenómenos íntimos del yo. Quería formar ciudadanos de acción, porque sentía la necesidad de levantar diques al torrente de los extravíos sociales que presenciaba, y de preparar obreros para la reconstrucción moral que exigía la Colonia emancipada». En 1792 los alumnos del curso de filosofía moral en el Colegio de San Carlos, sostenían en público la tesis de que la mejor entre todas las

formas de gobierno es la monarquía, y que el principio de autoridad, proviniendo de Dios, no podía tener origen en el pueblo; en 1819, Lafinur citaba a modo de ejemplo en su clase: «Los reyes son en el orden moral lo que los monstruos en el orden natural; su historia es el martirologio de las naciones». ¡Qué mutación en un cuarto de siglo!

Sin embargo, nos equivocáramos si le creyésemos un exaltado, un fanático. Era un hombre consciente del tiempo en que vivía. Su física era la de Newton, no la de Aristóteles; su psicología la de Condillac, no la de Tomás de Aquino; su filosofía política la de Moreno, no la del obispo Lue. Era un espíritu delicado de artista: hombre de sociedad, músico, poeta. Lo mismo que Juan Cruz Varela, aprendió a rimar en los bancos de Córdoba, a escondidas de sus maestros, sus primeras eróticas y sus primeras sátiras; pero su producción fué, como su vida, más corta que la de su compañero y amigo. Se le recuerda por los tres cantos que escribió en ocasión de la muerte de Belgrano, y por cierto, en la lira argentina de aquellos días tempestuosos, en medio de la común declamación de los poetas patrióticos, hueca aunque generosa, esas tres elegías de tintas medias, tan dulces, tan melancólicas, tan penetrantes, suenan con acentos inolvidables. A los veintidós años, con frecuencia, aun las líricas de los mayores poetas, son en arte balbucesos. Admirémos,

(Pasa a la página 190).